

VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2016.

De la palabra al lenguaje en el Seminario 3 de J. Lacan.

Mazzuca, Santiago Andrés.

Cita:

Mazzuca, Santiago Andrés (2016). *De la palabra al lenguaje en el Seminario 3 de J. Lacan. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-044/785>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eATh/tCY>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

DE LA PALABRA AL LENGUAJE EN EL SEMINARIO 3 DE J. LACAN

Mazzuca, Santiago Andrés

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

Este trabajo se ocupa del Seminario 3 de J.Lacan desde una doble perspectiva. Por una parte, como momento en que su enseñanza vira de la palabra al lenguaje. Por otra parte, como proceso de construcción de la estructura subjetiva psicótica. El trabajo intenta mostrar que la consideración de cada una de estas perspectivas resulta fructífera para el esclarecimiento de la otra.

Palabras clave

Ser, Palabra, Lenguaje, Significante

ABSTRACT

FROM WORD TOWARD LANGUAGE IN J.LACAN'S SEMINAR 3

This paper deals with J.Lacan's Seminar 3 on a double perspective. On the one hand, as the moment when Lacan's teaching veers from word toward language. Moreover, as the building process of the psychotic subjective structure. The paper aims to show that consideration of each of these perspectives is fruitful to clarify the other one.

Key words

Being, Word, Language, Signifier

INTRODUCCIÓN

A lo largo de toda la enseñanza de Lacan, se encuentra presente y operante una tensión entre el ser hablante, vivo, y el lenguaje, inerte. No es posible entender lo que Lacan enseña sin tener en cuenta esta tensión antinómica, que en el *Seminario XX*, por ejemplo, él mismo califica como fundamento de su enseñanza. (Lacan 1972-73, p.10)

En esta tensión, desde el principio hasta el final, late una paradoja. Es que por una parte, el ser hablante no podría nunca concebirse sin el lenguaje, pues no tiene otro campo que el del lenguaje para realizarse, buscarse, en una palabra: llegar a ser. Pero al mismo tiempo, por otra parte, la esencia del ser hablante y de las cosas de la vida en que se realiza, es irreductible e inapresable para el lenguaje: estructura inerte, vacía, sistema organizado de puras oposiciones entre elementos que no tienen nada de positivo en sí mismos, que no tienen ni pueden vehiculizar ninguna esencia.

Esta tensión entre el ser hablante y el lenguaje adopta distintas formas y formulaciones a lo largo de los años. En el principio de la enseñanza de Lacan, se presenta sobre todo como tensión entre la palabra y el lenguaje (cuya irreductibilidad había sido ya asentada por el propio Saussure).

Palabra y lenguaje se disputan así el protagonismo y la prevalencia al interior del registro de lo simbólico, en una etapa en la que este registro detenta a su vez una primacía por sobre los otros dos, a los cuales determina.

Al comienzo, es la palabra la que ocupa el lugar principal y fundante. Pero en el curso de los primeros seminarios, Lacan realiza progresivamente un movimiento que va de la palabra al lenguaje,

lo cual acarrea profundísimas transformaciones -seguramente las más graves en toda su enseñanza- sobre los conceptos con que estructura la clínica psicoanalítica. Suele pasar un poco desapercibido el carácter brutal de este movimiento y sus transformaciones. En pocos años, Lacan pasa de un sujeto definido por su ejercicio de la función de la palabra a un sujeto definido como efecto del lenguaje. Lo mismo podría decirse del inconsciente, del síntoma, y sin duda sobre todo del Otro con mayúscula: acuñado para nombrar al Otro ser hablante al que se dirige la palabra del sujeto, en pocos años queda reducido a ser un conjunto de significantes.

La etapa más álgida de esta brutal conceptual se encuentra en el *Seminario 3*, dedicado a las psicosis. Abordarlo desde esta perspectiva, de la palabra al lenguaje, permite esclarecer el modo en que Lacan construye su concepción de la estructura subjetiva psicótica; pero al mismo tiempo, su trabajo con la psicosis ilumina ese movimiento en su enseñanza.

LA PALABRA Y EL LENGUAJE...

En en su primer seminario donde Lacan expresa de modo más desarrollado su relectura de la experiencia analítica que se ilumina como ejercicio de una palabra plena. Esta palabra pasa necesariamente a través del otro, lo cual define la función del analista, y tiene como resultado la revelación de la verdad del deseo del sujeto, deseo que constituye el núcleo de su ser. Por eso la palabra del análisis es una operación por la cual el ser se realiza, llega a ser. Citemos algunos pasajes del seminario. "[...] el deseo reprimido que se manifiesta en el sueño se identifica con ese registro en el cual estoy intentando hacerlos penetrar: es el ser que espera revelarse." (Lacan 1953-54, p.392) "Al comienzo del análisis [...] ese ser existe implícitamente, de modo virtual, no está realizado. Para el inocente [...] el ser no tiene ninguna presencia. La palabra [...] se revela gracias a la asociación libre [...] Esta revelación de la palabra es la realización del ser." (Lacan 1953-54, p.394) "Me piden que rinda cuentas de lo que enseñé [...] Les enseñé el sentido y la función de la acción de la palabra, en tanto ella es el elemento de la interpretación. Ella [...] modifica a ambos sujetos [...] literalmente, crea lo que los insta en esa dimensión del ser que intento hacerles percibir." (Lacan 1953-54, p.399) "Por *ser del sujeto*, no nos referimos a sus propiedades psicológicas, sino a lo que se abre paso en la experiencia de la palabra, experiencia en la que consiste la situación analítica." (Lacan 1953-54, p.336) "De esto se trata al fin de un análisis; de un crepúsculo, de un ocaso imaginario del mundo [...] *Es entonces cuando lo contingente cae [...] Y es entonces el ser el que llega a constituirse.*" (Lacan 1953-54, p.339) Veremos que esta presencia de la cuestión del ser se mantendrá vigente en el *Seminario 3* (y los que siguen).

En el *Seminario 2*, Lacan sigue desplegando la función de esta palabra plena en la experiencia analítica. Pero sobre todo concede una creciente atención al lenguaje en sí mismo, y se recorta cada vez más nítido el hecho de que lo que falta al deseo que constituye el núcleo del ser hablante es irreductible al lenguaje, es inenunciable,

pues está más allá de toda objetivación que se pueda hacer de ella a través de él. “El deseo es una relación de ser a falta [...] es [...] falta de ser. No es falta de esto o de aquello, sino falta de ser por la cual el ser existe.” (Lacan 1955-56, p.334) “El deseo [...] es deseo de nada nombrable.” (Lacan 1955-56, p.334-5)

Se va delineando así cada vez más nítida la antinomia entre la palabra y el lenguaje. La palabra debe nombrar el deseo como núcleo del ser. Y el lenguaje, si bien es imprescindible para la palabra, tiende a objetivar ese deseo, que en verdad se le escapa porque es innombrable.

Es para situar esta antinomia que Lacan introduce su esquema “L”, sobre el final del *Seminario 2*. Se compone de dos ejes: el eje imaginario, de las relaciones del yo con el semejante (otro con minúscula), y el eje simbólico, vínculo de palabra plena entre el sujeto y el Otro (con mayúscula). Pero al mismo tiempo, los dos ejes inscriben la antinomia entre lenguaje y palabra. “Lo imaginario cobra su falsa realidad [...] a partir del orden definido por el muro del lenguaje. El yo [...], el semejante [...] son efectivamente objetos porque son nombrados como tales en un sistema organizado, que es el muro del lenguaje.” (Lacan 1955-56, p.366) Y en el otro eje: “[...] nosotros [los analistas] creemos que hay otros sujetos aparte de nosotros, que hay relaciones auténticamente intersubjetivas [...] nos dirigimos de hecho a unos A₁, A₂ que son lo que no conocemos, verdaderos Otros, verdaderos sujetos.” (Lacan 1955-56, p.366-7) “Ellos están del otro lado del muro del lenguaje, allí donde en principio no los alcanzo jamás [...] a ellos apunto cada vez que pronuncio una verdadera palabra, pero siempre alcanzo a a', a", por reflexión. [...] El sujeto esta separado de los Otros, los verdaderos, por el muro del lenguaje. Si la palabra plena se funda en la existencia del Otro, el verdadero, el lenguaje está hecho para remitirnos al otro objetivado [...] El análisis debe apuntar al paso de una verdadera palabra, que reúna al sujeto con Otro sujeto, del otro lado del muro del lenguaje.” (Lacan 1955-56, p.367)

Resulta notable aquí cierta duplicidad o indefinición en las expresiones de Lacan. Por una parte, el análisis debe apuntar a una palabra plena que reúna al sujeto con el Otro. Por otra parte, él mismo advierte que por la interposición del muro del lenguaje entre ambos, un sujeto nunca llega a alcanzar al Otro. Pero Lacan no termina de extraer las consecuencias de esta afirmación. ¿Hay intersubjetividad o interposición irreductible del lenguaje? Será el abordaje de las psicosis el que inclinará la decisión del lado del lenguaje.

Al comienzo del *Seminario 3*, la palabra mantiene intactas su importancia y su estructura. “La pregunta *¿Quién habla?* [...] debe dominar todo el problema de la paranoia” (Lacan 1955-56, p.39). “¿Qué es la palabra?” “¿Qué distingue una palabra de un registro de lenguaje? [...] la estructura de la palabra [...] es que el sujeto recibe su mensaje del Otro en forma invertida.” (Lacan 1955-56, p.57) “Es hacer hablar al Otro en cuanto tal.” (Lacan 1955-56, p.59) “En la verdadera palabra, el Otro es aquello ante lo cual se hacen reconocer. Pero sólo pueden [...] porque él está de antemano reconocido.” (Lacan 1955-56, p.78) “Diciéndole a alguien: *Tú eres mi mujer*, implícitamente le dicen *Yo soy tu hombre*, pero primero le dicen *Tú eres mi mujer*, vale decir que la instituyen en la posición de ser reconocida por ustedes, mediante lo cual podrá reconocerlos.” (Lacan 1955-56, p.79)

“Escribimos, si les parece bien, ese Otro [*Autre*] con una A mayúscula. ¿Por qué? [...] El valor fundante de estas palabras está precisamente en que lo apuntado por el mensaje [...] es que el Otro está ahí en tanto que Otro absoluto. Absoluto, quiere decir que es reconocido, pero no conocido.” (Lacan 1955-56, p.59) La palabra “supone [...] el reconocimiento de un Otro absoluto, al que se

apunta más allá de todo lo que pueden conocer, y cuyo reconocimiento sólo tiene valor precisamente porque está más allá de lo conocido. Ustedes lo instituyen en el reconocimiento, no como un puro y simple elemento de la realidad, un peón, una marioneta, sino un absoluto irreductible, *de cuya existencia como sujeto* depende el valor mismo de la palabra en la que se hacen reconocer. Algo nace ahí. [...] Esta palabra es entonces siempre un más allá del lenguaje” (Lacan 1955-56, p.79 destacado mío).

Sigue ahí vigente aún la fuerza constituyente de la palabra. Y hay que destacar tres características suyas: 1. esa palabra se dirige a un Otro sujeto; 2. es en la *existencia* de ese Otro sujeto como tal que se funda el valor de esa palabra; y 3. ese Otro sujeto se encuentra más allá de todo lo que se puede conocer, es decir, más allá del lenguaje.

Este Otro sujeto (cuya función encarna también el analista) resulta garante de que el ser del sujeto pueda realizarse a través de esa palabra plena, sin quedar reducido a un lenguaje inerte, objetivante. Pues “[...] no sólo el sentido de ese discurso reside en el que lo escucha, sino que es de su acogida de la que depende *quién* lo dice [...]” (Variantes 318)

... EN LA PSICOSIS

Como se sabe, este Lacan de los años '50 definirá la estructura psicótica por la forclusión del significante del Nombre-del-Padre, con el consecuente retorno del significante en lo real. Y en efecto, desde la primera clase del seminario, adelanta la idea de que en la psicosis algo excluido (*Verworfen*) de lo simbólico retornará en lo real. Repetimos tanto esta fórmula canónica, que conviene destacar en este punto el hecho de que durante las primeras diez clases del seminario, Lacan nunca dice que lo rechazado de lo simbólico sea un significante, ni tampoco que lo sea aquello que retorna en lo real. Para cualquier lectura desprevenida, al comienzo es más bien a la palabra que se aplica esa fórmula.

Lacan abre el seminario situando la cuestión de la psicosis en sus tres registros y en los dos planos de lo simbólico: lenguaje y la palabra.

En el plano lenguaje, destaca que el abordaje freudiano deja neurosis y psicosis al mismo nivel, sin distinción. Freud descifra el delirio de Schreber al modo de Champollion, y revela así su estructura de lenguaje. “Esta traducción es, en efecto, sensacional. Pero cuidado, deja en el mismo plano el campo de las psicosis y el de las neurosis.” (Lacan 1955-56, p.22) El mecanismo específico de la psicosis habrá que buscarlo por otro lado.

Es entonces que introduce la fórmula de la *Verwerfung* y el retorno en lo real. Y de inmediato la aplica... ¡al esquema “L”! Es la palabra misma la que está excluida de lo simbólico, cosa que Lacan formaliza afirmando que no se produce en el eje simbólico del esquema, sino en el imaginario, y que de ese modo reaparece en lo real. “En el momento en que aparece en lo real [el fenómeno de la alucinación verbal], es decir acompañado de ese sentimiento de realidad que es la característica fundamental del fenómeno elemental, el sujeto literalmente habla con su yo.” (Lacan 1955-56, p.27).

La fórmula canónica (*Verwerfung* y retorno en lo real) se aplica primero a la palabra plena, lo cual es muy diferente de su posterior aplicación al significante, más conocida. Pero conviene no desechar ese primer sentido de la fórmula, constituye un punto de partida directamente observable, más clínico quizá. La forclusión del significante del Nombre-del-Padre no resulta nunca observable de manera directa, lo cual se presta para convertirse en una especie de abstracción caprichosa de Lacan cuando es objeto de la enseñanza académica.

Detengámonos entonces un momento en esta definición de la psi-

cosis según la estructura de la palabra. Implica ya una posición muy elaborada y original por parte de Lacan, que resulta del cruce de su largo conocimiento de la psicosis con la experiencia analítica. Y es su modo de retomar, desde el descubrimiento freudiano, lo que él llama “el hecho psiquiátrico primero”: “que ningún apoyo sobre la parte sana del yo permitirá ganar un milímetro sobre la parte manifiestamente alienada” (Lacan 1955-56, p.189). “El psicoanálisis aporta [...] una sanción singular al delirio del psicótico, porque [...] reconoce en sus discursos lo que descubre habitualmente como discurso del inconsciente. No aporta sin embargo el éxito en la experiencia. Este discurso, que emergió en el yo, se revela -por articulado que sea [...] irreductible, no manejable, no curable.” (Lacan 1955-56, p.190) “El delirio, en efecto, es legible [...] pero sin salida. ¿Cómo puede ser así? Este es el problema económico que queda abierto en el momento en que Freud termina el caso Schreber.” (Lacan 1955-56, p.153)

Quizá la exposición clínica más clara en el seminario de esta palabra expulsada de lo simbólico que reaparece en lo real sea el conocido comentario que Lacan realiza de la alucinación verbal de una paciente de la que acababa de ocuparse en una presentación de enfermos, la cual tras cruzarse en el pasillo de su casa con un hombre al que le dice *Vengo del fiambreiro*, escucha, de modo alucinatorio, la respuesta: *¡Marrana!*

Lacan reconoce en ella, en efecto, algo de lo que se pone en juego en la experiencia analítica como inconsciente. Así como en la palabra plena se realiza una verdad sobre el ser del sujeto y su deseo, también aquí, en la primera frase alusiva de la paciente, y en la respuesta que recibe del otro, está en juego una verdad sobre su ser y el deseo por el que está tomada de manera inconsciente. Este hombre, casado, es el amante de una muchacha, vecina y amiga de la paciente, y “muy implicada en el deseo del que es víctima” (Lacan 1955-56, p.76). El contexto del episodio está dado por la paulatina intrusión que esta vecina venía encarnando en el mundo cerrado constituido por la paciente y su madre, quienes conviven. Son “dos mujeres aisladas, que permanecieron estrechamente unidas en la existencia, que no pudieron separarse en el momento del casamiento de la más joven, que huyeron súbitamente de la dramática situación que parece haberse creado en la relaciones conyugales de la joven, debido a las amenazas de su marido, el cual, según los certificados médicos, quería, ni más ni menos, cortarla en rodajas.” (Lacan 1955-56, p.77) “Toda la vida íntima de estas pacientes [ambas son delirantes y se encuentran internadas, se trata de un delirio de a dos] se desarrolló fuera del elemento masculino, siempre hicieron de él un extraño con el que nunca se pusieron de acuerdo [...]” (Lacan 1955-56, p.77)

Si se tratase de una histeria, diríamos que ese *¡Marrana!*, esa alucinación que escucha de parte de ese hombre malvado y de costumbres indecentes, en la frontera de su mundo, constituye el material de su propia pregunta por su ser de mujer, su feminidad. Que su propia frase pronunciada contiene ya de manera alusiva la respuesta que recibe, y que a su vez esta respuesta alude a lo que ella misma es como objeto del deseo del hombre. Ese deseo, nunca pudo asumirlo de ningún modo, y debió salir huyendo de la convivencia conyugal tramitándolo por la vía del delirio según el cual su marido la perseguía para cortarla en rodajas... Aunque no lo sepa, el sujeto vehiculiza su verdad inconsciente a través de esa palabra cifrada. Esa verdad, Lacan la enuncia así: “Yo, la marrana, vengo del fiambreiro, ya estoy disyunta, cuerpo fragmentado, membra disjecta, delirante, y mi mundo se cae en pedazos, al igual que yo.” (Lacan 1955-56, p.81) Uno podría creer, como señala Lacan, que se trata del mensaje recibido del Otro en forma invertida en la palabra

plena... pero no. “Desengañense, precisamente no es eso.” (Lacan 1955-56, p.76) “[...] se trata del propio mensaje del sujeto, y no del mensaje recibido en forma invertida” (Lacan 1955-56, p.78).

Lacan señala entonces que en ese fenómeno alucinatorio, el Otro con mayúscula se halla excluido. Y es justamente allí que se encuentran los pasajes que citamos más arriba, destinados a explicar la estructura “normal” de la palabra plena, en la que el sujeto se realiza haciéndose reconocer por un Otro reconocido pero no conocido, más allá del lenguaje. En el fenómeno elemental paranoico, en cambio, ese Otro con mayúscula, que podría reconocer y soportar el ser del sujeto, queda excluido. Pero la cuestión no es solamente esa exclusión, sino lo que se produce en su lugar: la alucinación, por lo cual la palabra desterrada de lo simbólico retorna en lo real: “Que la palabra se expresa en lo real quiere decir que se expresa en la marioneta.” (Lacan 1955-56, p.80)

Aquí conviene detenernos para subrayar y precisar bien una distinción fundamental. Cuando Lacan dice que la palabra retorna en lo real, en vez de realizarse como palabra plena simbólica entre el sujeto y el Otro, lo importante no es que el sujeto la perciba como algo ajeno a sí mismo y no se reconozca agente de ella. Ése era el sesgo adoptado por la psiquiatría. Y es lo que Lacan critica incluso a su maestro Clérambault, que llama así a su automatismo mental (o más adelante, síndrome de pasividad), porque el sujeto experimenta su propia actividad de manera pasiva, como si fuese algo automático, ajeno, en lo que no se reconoce. Lacan lo objeta por la justa razón de que sucumbe al prejuicio de que el sujeto debería poder auto-captar siempre su propia actividad y reconocerla como propia. Lacan es psiquiatra, pero también es psicoanalista. Y sabe que el sujeto histérico tampoco sabe que habla en su síntoma, sino que lo considera como un hecho externo, ajeno a su actividad subjetiva... pero no por ello es paranoico. El histérico no sabe que habla en su síntoma, ni mucho menos lo que dice. Pero habla. Y basta con que alguien se ubique en el lugar del Otro con mayúscula y lo escuche como tal para que esa palabra entre en una realización dialéctica que terminará por levantar el síntoma y, lo que es mucho más importante, transformar al sujeto en su ser por la ascensión de su deseo.

No alcanza entonces con decir que en la psicosis hay una percepción patológica porque el sujeto no reconoce su palabra como propia. “O bien nos contentamos con decir: *Miren, está alucinada*, o bien intentamos [...] ir un poquito más lejos.” (Lacan 1955-56, p.78) Ir más lejos quiere decir formular la estructura de esa palabra en sí misma, más allá de que el sujeto sea o no consciente de ella. Lacan la formula con su esquema “L”. De su aplicación resulta que la alucinación paranoica se define, en términos de estructura, por el hecho de que quien porta la palabra es el otro con minúscula, una “marioneta”, un semejante, un objeto imaginario que forma parte de la realidad. “El a con minúscula es el señor con quien se encuentra en el pasillo, la A mayúscula no existe, a’ minúscula es quien dice *Vengo del fiambreiro*. [...] De S, a minúscula le dijo: *Marrana*.” (Lacan 1955-56, p.80).

Lacan opone así, con el esquema “L”, la estructura de la palabra plena y la de esta palabra psicótica que retorna en lo real. Serían, para él, los dos modos posibles de que, a través de la palabra, se ponga en juego el ser del sujeto, más allá de la realidad y del lenguaje. En la palabra plena, ese más allá se realiza a través del Otro con mayúscula, el Otro Sujeto, que se ubica también en su existencia de sujeto más allá del lenguaje objetivante. En la palabra psicótica, en cambio, puesto que falta el recurso al Otro sujeto, el más allá se presenta bajo la forma de la alusión. “Sólo hay dos maneras de hablar de ese S, ese sujeto que somos radicalmente:

o bien dirigirse verdaderamente al Otro, con mayúscula, y recibir de él el mensaje que lo concierne a uno en forma invertida; o bien indicar su dirección, su existencia, bajo la forma de alusión. Si esta mujer es estrictamente una paranoica, es que el ciclo, para ella, entraña una exclusión del Otro con mayúscula. El circuito se cierra sobre los pequeños otros que son la marioneta que está frente a ella, que habla [...] y ella misma, quien, en tanto que yo, es siempre otro y habla por alusión.” (Lacan 1955-56, p.80) .

En cuanto a Schreber y la relación de palabra que mantiene con su dios, Lacan propone la misma lectura. Afirma que se produce allí una especie de achatamiento del esquema “L”, de superposición de sus dos ejes. La dialéctica fundamental, la relación de fe y garantía propia del vínculo del sujeto con el Otro con mayúscula, aparece en la dimensión de un imaginario padecido y afectado por todos los engaños.

Y si el ser del sujeto se pone en juego y se realiza a través de la palabra plena, no será extraño que Lacan sitúe una carencia en ese nivel en la psicosis. Comentando la compleja construcción delirante que elabora Schreber y con la cual vuelve a estabilizar su realidad y su mundo, Lacan afirma de todos modos: “[...] todo lo que él hace ser en esas significaciones está, de alguna manera, vaciado de su persona. Lo articula de mil maneras, y especialmente por ejemplo, cuando observa que Dios, su interlocutor imaginario, nada comprende [...] de todo lo que es de los seres vivos, y que sólo trata con sombras o cadáveres.” (Lacan 1955-56, p.115) Lacan sitúa allí el modo en que Schreber capta y expresa la antinomia que está en la base de su enseñanza: antinomia entre el lenguaje, inerte, y el ser hablante, viviente. “[...] no puede dejar de impactarnos el hecho de que su texto nada entraña que indique la menor presencia, la menor efusión, la menor comunicación real, nada que dé una idea de una verdadera relación entre dos seres.” (Lacan 1955-56, p.113) “Podemos resumir [...] diciendo que es sin duda escritor, mas no poeta. Schreber no nos introduce a una nueva dimensión de la experiencia. Hay poesía cada vez que un escrito nos introduce en un mundo diferente al nuestro, y dándonos la presencia de un ser, de determinada relación fundamental, lo hace nuestro también. [...] La poesía es creación de un sujeto que asume un nuevo orden de relación simbólica con el mundo. No hay nada parecido en las *Memorias...* de Schreber.” (Lacan 1955-56, p.114) (Este vacío de ser por ausencia de poesía en el delirio resultará clave después cuando Lacan lo retome por la vía de la metáfora, ya veremos cómo.)

Encontramos entonces, en los primeros seis capítulos del seminario, la estructura del fenómeno psicótico definida como palabra expulsada de lo simbólico y que reaparece en lo real, en la marioneta del semejante. Esto implica por supuesto que esa palabra no puede realizarse. Una marioneta no habla en sentido pleno, no lo hacen los objetos (el yo o el otro). Por eso a su propia fórmula: “¿El enfermo habla?”, Lacan responde: “Si no distinguimos el lenguaje y la palabra, es cierto, habla, pero habla como la muñeca perfeccionada que abre y cierra los ojos, absorbe líquido, etcétera.” (Lacan 1955-56, p.54) Resulta bastante categórico.

EL MECANISMO SIGNIFICANTE DE LA PALABRA

¿Y por qué Lacan no se detiene en esta definición de la estructura subjetiva psicótica en términos de palabra? Algo le resulta insuficiente en ella. Tal vez, como dirá él mismo y citaremos ahora, porque algo de ese Otro con mayúscula, de la intersubjetividad, se le presenta cada vez más escurridizo y, en definitiva, inasible. O quizá no es suficiente constatar la ausencia *de hecho* de la palabra plena en el fenómeno psicótico, sino que se precise encontrar una razón de estructura que explique la *imposibilidad* de una palabra tal. (El

sujeto neurótico no analizado tampoco ha realizado aún una palabra plena sobre su síntoma, pero esa posibilidad está presente de manera virtual desde el comienzo del análisis, y en cambio se encuentra radicalmente excluida en la psicosis.) O tal vez simplemente el examen ahondado del problema clínico de la psicosis empuja a Lacan a terminar de tomar en serio sus propias afirmaciones sobre el muro del lenguaje que se interpone sin remedio entre un sujeto y el Otro, objetando la intersubjetividad.

Lo cierto es que Lacan se irá desplazando desde aquí hasta su conocida definición de la psicosis en el plano del significante. No es que lo anterior pierda su valor, más bien se continúa en una búsqueda del mecanismo significante de la palabra -podríamos decir. Lacan mismo inserta, en el capítulo XXIII, un auto-comentario del movimiento que viene llevando a cabo a lo largo del seminario en este sentido. Lo hace justo antes de formular la conocida comparación entre el significante del padre y la carretera principal. Y dice así: “Los he llevado por las riendas desde hace bastante tiempo para que se percaten de que la palabra, y en especial esa forma esencial de la palabra en que nosotros mismos nos anunciamos como un *tú*, es un modo completo que dista mucho de poder reducirse a dos centros que intercambian señales.” (Hasta aquí, resume sobre la palabra. Pero de inmediato indica el viraje.) “Como la relación del sujeto está estructurada de modo complejo por las propiedades del lenguaje, el papel propio que en ella juega el significante debe ser precisado. Quisiera que examináramos propiedades simples del susodicho significante. El radicalismo que les manifesté en cuanto a la relación del sujeto al sujeto, apunta hacia una interrogación en marcha del Otro en cuanto tal, que lo muestra inasible en sentido estricto: no persevera, nunca puede perseverar totalmente en la empresa en que lo desafiamos. Inversamente, el punto de vista que intento sostener ante ustedes supone cierto materialismo de los elementos en causa, en el sentido de que los significantes están encarnados de verdad, materializados; son las palabras que se pasean, y su función de abrochadura la desempeñan en cuanto tales.” (Lacan 1955-56, p.pp.412-3.) Viraje brutal: el soporte de la realización del sujeto ya no será Otro sujeto sino el significante como tal. ¿Pero qué es esa función de abrochadura que desempeñarían esos significantes en cuanto tales? Retomemos donde habíamos dejado. “Tras habernos interesado en la palabra, vamos ahora a interesarnos un poco en el lenguaje.” (Lacan 1955-56, p.82) Lacan analiza sus dos vertientes, significante y significación, en el decir psicótico. En el significante, se destaca la presencia de neologismos como rúbrica del delirio. Pero no es claro que esa presencia sea regular. La constante se ubica más bien en la significación. Allí Lacan se aboca a explicar que el funcionamiento normal de la significación implica que esta remite siempre a otra significación, sin remitir nunca de manera directa a un elemento de lo real como si fuera un índice. En cambio, la significación del delirio se diferencia y define porque remite a “la” significación en cuanto tal: se trata de una significación que no se articula, no entra en ninguna dialéctica.

Pero la significación, imaginaria, no podría nunca constituir para Lacan el mecanismo determinante, que él buscará en el plano simbólico. Y en este primer análisis, Lacan debe confesar que la especificidad de la psicosis no se presenta en el lenguaje: “Porque estos enfermos, no hay duda, hablan nuestro mismo lenguaje. Si no hubiese este elemento nada sabríamos acerca de ello. La economía del discurso, la relación de significación a significación [...] es por lo tanto lo que permite distinguir que se trata de un delirio.” (Lacan 1955-56, p.53)

Es entonces que Lacan emprende la subversión que venimos anticipando. Se aplica a analizar, entre los capítulos VII y IX, la relación

hablante de Schreber con su dios, pero vuelto otra vez hacia el polo del Otro, ese interlocutor divino. A través de un camino que no carece de vueltas, tanteos y retrocesos, Lacan reconoce en ese dios la función de un Otro con mayúscula, al mismo tiempo que no funciona como otro sujeto, como alteridad en la palabra. De este análisis termina decantando que, en definitiva, ese “Dios [...] es esencialmente lenguaje” (Lacan 1955-56, p.145). A partir de esas frases que lo acosan sin tregua y que constituyen la esencia de esa presencia divina, Lacan destaca “la función de la frase en sí misma” (Lacan 1955-56, p.145), que es el modo en que introduce en este punto de su enseñanza la presencia estructural de la cadena significante en el lugar del Otro con mayúscula. En Schreber, este Otro está vaciado como sujeto, pero en su lugar hay una presencia inagotable del significante.

En el capítulo siguiente Lacan generaliza esa presencia para abarcar también la estructura del inconsciente en la neurosis. Es como si lo que sabemos del inconsciente nos forzara a suponer la operación de una especie de taquígrafo incansable que se la pasa traspasando de manera continua a un registro de lenguaje cada detalle de la experiencia del sujeto, en cualquier plano que se dé. “Si admitimos la existencia del inconsciente tal como Freud lo articula, debemos suponer que esa frase, esa construcción simbólica, recubre con su trama todo lo vivido humano, que siempre está ahí, más o menos latente [...]” (Lacan 1955-56, p.163), “discurso continuo, que memoriza para todo sujeto su conducta en cada momento, y que de algún modo dobla su vida” (Lacan 1955-56, p.176). “Se trata para el hombre justamente de arreglárselas con esa modulación continua [...] aunque su conciencia se desvíe de ella, la modulación de la que hablo, la frase con toda su complejidad, continúa de todos modos. Este es el único sentido que puede darse al inconsciente freudiano. Si no es eso, es un monstruo de seis patas [...]” (Lacan 1955-56, p.164)

Lacan acepta finalmente las consecuencias de sus propias expresiones en el seminario anterior, y esto vale tanto para la neurosis como para la psicosis. Si el lenguaje se interpone como muro infranqueable entre un sujeto y el Otro, el sujeto ya no habla con otro sino con el lenguaje mismo. Esa operación creadora de la palabra, incluso en la medida en que apunta a ese más allá del lenguaje que es el ser del sujeto, ya no tiene como soporte la existencia del Otro sujeto como garante de la palabra, sino el puro material significante que se articula en el lugar del Otro.

Pero aquí surge un problema. El ser del sujeto, hemos dicho, está siempre más allá del lenguaje. Seguirá siendo “inefable” en su existencia aún en el esquema “Z” (Lacan 1959, p.531). ¿Cómo concebir que el significante mismo pueda cumplir ahora la función que antes tenía el Otro sujeto en el lugar del Otro, a saber: constituir el soporte para la existencia de un sujeto más allá del significante?

Lacan retoma aquí la estructura “normal” de la significación, que era aquella remisión siempre abierta, pero la completa con lo que permite “abrochar” significante y significado, pero que es al mismo tiempo lo que abrocha al ser hablante con el conjunto del significante que es su interlocutor en el lugar del Otro. “Resumamos. El sentido va siempre hacia algo, hacia otra significación [...] ¿Quiere esto decir que no tenemos punto de parada? Estoy seguro que sobre este punto hay una incertidumbre permanente en sus mentes dada la insistencia con la que digo que la significación siempre a la significación. [...] ¿Buscamos dónde se detiene? Pues bien, siempre a nivel de ese término problemático que se llama el ser.” (Lacan 1955-56, p.198) Es lo que había anticipado como operación poética algunas clases antes, cuando todavía lo refería a la acción de un sujeto en la palabra, pero que ahora reformulará como una operación

cuyo soporte y estructura está dado por la articulación significante misma, determinada por la metáfora y la metonimia. Es la metáfora la que constituye el soporte de un sujeto cuyo ser se ubica más allá del lenguaje, puesto que “la metáfora supone que una significación es el dato que domina y desvía, rige, el uso del significante, de tal manera que todo tipo de conexión preestablecida, diría lexical, queda desanudada.” (Lacan 1955-56, p.313) El conjunto del código significante queda jaqueado por la metáfora y es forzado a reconocer, a expresar algo que sin embargo no puede decir de manera directa o completa. La metáfora construye, con un material puramente significante, el soporte para lo que está más allá de él, que en definitiva es la existencia del sujeto y su significación.

Y es esta función metafórica del significante la que se encuentra ausente en la psicosis: “incluso cuando las frases pueden tener un sentido, nunca se encuentra en ellas nada que se asemeje a una metáfora” (Lacan 1955-56, p.312). Si la psicosis era un lenguaje que retorna en lo real, sin dialéctica, ahora diremos que es un significante que retorna en lo real, sin posibilidad de tratamiento metafórico.

El Edipo freudiano -dirá Lacan- es lo que constituye la metáfora fundamental que soporta esa existencia del sujeto más allá del significante: “¿Por qué quiere siempre Freud, con tanta insistencia, encontrarlo por doquier? [...] Porque la noción del padre [...] le da el elemento más sensible de la experiencia de lo que llamé el punto de almohadillado [...]” (Lacan 1955-56, p.383).

Como se puede apreciar, desde la perspectiva de la antinomia entre el ser hablante y el lenguaje, a lo largo del *Seminario 3* Lacan sustituye la función del Otro sujeto existente en la palabra plena por la operación metafórica de cierto significante. En ambos casos se trata del soporte de que la existencia del sujeto subsista como irreductible al significante. Pero al principio la encarna un viviente, hablante, y al final un significante, inerte. Queda así abierta la vía para hacer, en los dos seminarios siguientes, del Edipo, una metáfora, y del Nombre-del-Padre, el significante que regula metafóricamente las relaciones del sujeto con el conjunto del significante.

Sin duda hay algo abusivo en la pretensión de reducir a un significante mismo esa función vital de articular al viviente con el lenguaje. La continuación de la enseñanza de Lacan se ocupará de matizar ese exceso de distintas maneras, hasta desembocar en la consideración del padre del nombre además del nombre del padre. Pero cabe también contemplar que, aunque Lacan pretenda reducir la metáfora a un mecanismo significante, en verdad se encuentra a mitad de camino entre la palabra y el lenguaje. Es siempre un acto creador y viviente de palabra el que fuerza al material inerte del significante a consentir una metáfora que lo violenta marcándolo con un más allá de sí mismo. Pero esto no excluye la posibilidad de que una metáfora, acontecimiento de palabra, se traspase luego ella misma al plano del lenguaje, se acuñe y se convierta en parte del sistema de la lengua, en esa suerte de “progreso metafísico” que Lacan menciona en medio del seminario (Lacan 1955-56, p.170).

NOTA

i Seguramente convenga recordar aquí que *habla* y *palabra* constituyen dos términos castellanos que se corresponden con uno solo en francés: *parole*. La traducción más directa es en verdad *palabra*, pero a diferencia del francés, el castellano no permite conjugar este término como verbo, por lo cual se lo sustituye por *hablar* cada vez que adopta esa forma gramatical.

BIBLIOGRAFÍA

- Lacan, J. (1953-54), El Seminario de Jacques Lacan. Libro I: Los escritos técnicos de Freud, 1953-1954, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1988.
- Lacan, J. (1954-55), El Seminario de Jacques Lacan. Libro II: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica, 1954-1955, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1983.
- Lacan, J. (1955), «Variantes de la cura-tipo», en Escritos I, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 1988.
- Lacan, J. (1955-56), El Seminario de Jacques Lacan. Libro III: Las psicosis, 1955-1956, Editorial Paidós, Barcelona, 1984.
- Lacan, J. (1959), «De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis», en Escritos II, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 1987.
- Lacan, J. (1972-73), El Seminario de Jacques Lacan. Libro XX: Aun, 1972-1973, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1989.